

HOY, 3 de mayo, nos prometíamos colmar nuestra página, con diversas reflexiones sobre asuntos de singular importancia. Habíamos olvidado, sin embargo, que en esta precisa fecha uno no puede pensar en cosas importantes; que aún el simple acto de pensar (en lo que sea) exige enormes esfuerzos. Porque el 3 de mayo es, en México, el día de los albañiles, lo cual significa que en cada casa o edificio en construcción o en reparación se suceden interminablemente entusiastas expediciones de ruidosos cohetes, que es la manifestación acostumbrada del júbilo anual de los susodichos artesanos. Y claro, como en todos los rumbos de esta febril ciudad hay casas o edificios en construcción o en reparación, resulta que nuestros oídos no han logrado encontrar posible abrigo contra el explosivo ambiente, y que nuestro cerebro se halla ocupado, de modo exclusivo, con tales abrumadoras resonancias.

SOBRE EL AGOBIO

NO tenemos más remedio que ponernos a meditar sobre el mismo fenómeno que nos agobia. Es decir, sobre los cohetes y su especial significación en nuestro medio.

UNA INSTITUCION NACIONAL

¡SI tan siquiera pudiéramos considerar el cohete en sus modalidades menos prosaicas: como instrumento de navegación interplanetaria, o como noble recurso para

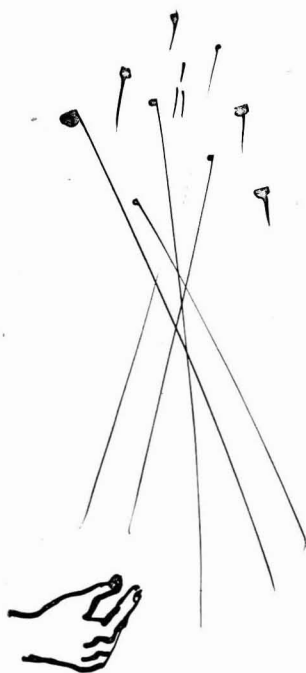


pedir auxilio en altamar! Pero no. Hemos de afrontarlo como institución nacional: en su doble ciega faz de escueto proyectil y de ruido puro.

USOS

EN este sentido, los mexicanos usan y abusan del cohete con cualquier pretexto. Sus aspectos estrépitosos y agresivos (únicos que aquí se aprovechan, a lo que sabemos) constituyen, entre otras cosas, el vehículo más conspicuo para la expresión del alborozo

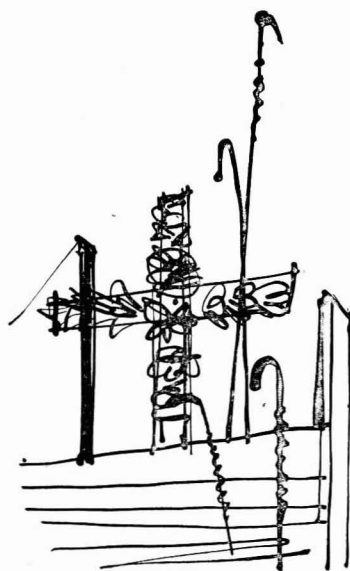
LA FERIA DE LOS DIAS



popular; enmarcan la folklórica quema de los judas durante el Sábado de Gloria; coronan las fiestas patrias; preludian las saluciones oficiales... y aún salpican fatalmente las algazaras y protestas estudiantiles.

COMPENSACION

FUERZA es confesarlo, no simpatizamos, ni en el mejor de los casos, con los motivos ni con las funciones nacionales del cohete. Sospechamos que éste alberga para nuestros conciudadanos tan sólo un grosero vozarrón, un efímero y brutal sustituto de la palabra. Tememos que su artificial elevación sea una grotesca compensación al bajo nivel de vida de quienes de aquí-



lla disfrutan. Adivinamos, en suma, que nuestro cohete es engaño y violencia hueca.

NO.

NO. No simpatizamos con nuestro popular y frecuente compañero. A su pertinaz insolencia, preferimos otros testimonios menos ostentosos, pero más efectivos. Al ruido puro que simboliza, preferimos las voces articuladas (que admiten todos los matices) del lenguaje racional, o las sonoridades generosas de la música. En lugar de esa elevación falsa, quisiéramos comprobar una verdadera; y en lugar de esos alardes vacíos, nos agradaría percibir auténticas muestras de profundidad humana.

DESGRACIA

POR desgracia, todos los demás opinan de distinta manera. En estos momentos, uno, cien o mil albañiles están —ebrios de un gozo cuya legitimidad intrínseca no discutimos— empuñando la vara, prendiendo fuego a la mecha o contemplando con ojos fatigados la trayectoria de un cohete que, instantes después, habrá de estallar sobre el fondo azul del cielo de mayo. Y a esos cientos o esos miles de modestos albañiles, no les importa —ni acaso les importará nunca— cuanto se diga en esta página.



IGUAL

MAÑANA serán los quemadores de judas, o los responsables de un festival pueblerino, o nuestros propios estudiantes. Todos ellos, con mayor o menor sinceridad, empuñarán la vara, encenderán la mecha y contemplarán la trayectoria. Y, tampoco a ellos les importará lo que hemos dicho. Sólo nosotros seguiremos, año con año, soportando los abrumadores estrépitos, deplorándolos en voz baja y meditando nebulosamente dentro del marco de sus firmes resonancias.